

Comunidad y alteridad a partir de Nietzsche

Alfonso Galindo Hervás

A propósito de Mónica B. Cragolini, (comp.) *Extrañas comunidades. La impronta nietzscheana en el debate contemporáneo* (La Cebra, Buenos Aires, 2008); *Moradas nietzscheanas. Del sí mismo, del otro y del «entre»* (La Cebra, Buenos Aires, 2006).

¿Qué tiene aún hoy que decir la obra de Nietzsche? ¿Hasta qué punto resultan persuasivos sus modelos de comprensión de lo humano y de la sociedad? ¿Qué posibilidades de comunitariedad son posibles en un mundo nihilista y globalizado? ¿Qué alternativas podemos explorar frente a la biopolítica que parece determinar la acción de los gobiernos? ¿De qué modo cabe ampliar nuestras exigencias éticas hasta dar cabida a lo no humano? Éstas y otras cuestiones afines, cuya dimensión práctica —política y moral— resulta evidente, presiden y orientan el pensamiento y la obra de la profesora de la Universidad de Buenos Aires Mónica B. Cragolini. De entre sus numerosos libros y artículos, se han seleccionado dos de los más recientes para ofrecer una semblanza de su línea de trabajo. Entre dichos libros merecen cuanto menos citarse los dedicados a Ricoeur (*Razón imaginativa, identidad y ética en la obra de Paul Ricoeur*, 1993) y a Derrida (*Derrida, un pensador del resto*, 2007; *Por amor a Derrida*, 2008), además de su labor como directora de la revista *Instantes y Azares. Escrituras nietzscheanas*.

La dedicación intelectual-académica a Nietzsche sobresale en la biografía de Cragolini. Nietzsche como anticipador de algunas de las categorías que más le van a interesar: comunidad, alteridad, posthumanidad, animalidad, rostro, biopolítica, cuerpo, memoria, identidad, máscara, amistad, etc. Nietzsche como fuente principal de los filósofos que, en consecuencia, más centran su atención y su producción: Ricoeur, Derrida, Cacciari, Agamben, Esposito, Nancy, etc. Hay, en efecto, una evidente decantación de la profesora de la UBA por lo que, siguiendo la expresión de Oliver Marchart, podríamos denominar «pensadores políticos postfundacionales». O por lo que igualmente es posible designar como «pensamiento impolítico», o incluso «comunitarismo impolítico», y ello tanto en su vertiente francesa como italiana. No en vano, así se denomina un exitoso curso de postgrado que Cragolini dirige en la

Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (en colaboración con la Asociación Psicoanalítica Argentina): «El debate en torno a la comunidad: líneas francesa e italiana». Esta labor docente va acompañada de la creación de equipos de trabajo. De hecho, muchos de los autores de los capítulos de los libros que compila son jóvenes profesores procedentes de su entorno.

Esta última circunstancia es especialmente visible en el volumen *Extrañas comunidades. La impronta nietzscheana en el debate contemporáneo*. Evelyn Galiazo, Paula Fleisner o Guadalupe Lucero, entre otros, visualizan los desarrollos de una línea de trabajo bien definida y sólida. Los textos de las tres autoras evidencian la preocupación por la cuestión comunitaria y, en concreto, por un tratamiento de la misma que se aleja de las comprensiones sustancialistas, remitiendo en cambio a algunos de los filósofos contemporáneos adjetivados como impolíticos. Cragolini deja claro en el prólogo del volumen las líneas argumentativas que orientan el sentido de las diferentes contribuciones: la perspectiva ontológica en el análisis de la comunidad y el vínculo con la cuestión de la vida. Su propio texto constituye una valiosa reflexión sobre la especificidad de la mirada metafísica frente a la sociológica cuando de pensar la comunidad se trata. De un elenco de capítulos que se hacen eco de algunos de los mejores desarrollos de determinada filosofía política contemporánea, destacaríamos la contribución de Fernando M. Gallego, que acertadamente introduce una reserva crítica al peligro de homogeneización y reducción «pan-heideggeriana» que se observa en ciertas caracterizaciones de la cuestión comunitaria ofrecidas por Agamben o Esposito. Su argumento pasa por analizar el *background* de la noción de comunidad y multitud en Negri y Hardt, que ajustadamente remite a ideas de Spinoza y Deleuze. A Gallego, sin embargo, podríamos igualmente achacar cierto olvido de la decisiva —y, por lo demás, obvia— deuda con Marx y el pragmatismo norteamericano de ambos autores. Más allá de matices, el volumen en su conjunto constituye un paradigmático ejemplo de la dinamicidad y sensibilidad de cierta parte de la academia y las editoriales argentinas para con algunos de los frentes teóricos más fértiles de la filosofía política contemporánea continental.

En cuanto al ensayo *Moradas nietzscheanas. Del sí mismo, del otro y del «entre»*, recopilación de artículos aparecidos en diferentes revistas, constituye un friso de temas tratados «desde» y «por referencia a» Nietzsche. Todos presididos por la cuestión de la (problematización de la) identidad: la identidad como narración que resiste al olvido, o como escritura que toma cuerpo y deviene experiencia de vida, o como máscara de la locura, etc. Son todos ellos desarrollos que Cragolini presenta vinculándolos con su tratamiento por parte de autores como Heidegger, Weininger, Cacciari o Musil. Merece destacarse la sugestiva reflexión a propósito del vínculo entre amistad y constitución de la identidad, pues constituye el trasfondo teórico de la

cuestión de la comunidad, que la autora porteña trabaja en diversos ensayos y artículos.

En suma, la obra de Mónica Cragolini es un ejemplo de la fertilidad de determinadas tradiciones filosóficas continentales, que hallan en Argentina una potenciación merced al trabajo de intelectuales como ella, así como por la labor que llevan a cabo numerosas editoriales, convertidas en un auténtico faro de la mejor filosofía contemporánea.